

SANTOS VITO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

Día 15 de junio

P. Juan Croisset, S. J.

Fue San Vito siciliano de nación, de familia muy ilustre, pero de padres gentiles por su desgracia. El Señor que en las mayores persecuciones manifestó siempre más el poder de la divina gracia, y se complace tanto en echar mano de lo más flaco del mundo para confusión de lo más fuerte, escogió á nuestro Santo, para que en la edad de doce á quince años fuese un niño de milagros.

Por dicha era cristiano el ayo que le buscaron sus padres, y se llamaba Modesto, del cual, como es verosímil, se valió Dios para sacar al niño Vito de las tinieblas de la idolatría, previniéndole desde luego con aquellas gracias extraordinarias que dan tan declaradamente á conocer la virtud del Todopoderoso. Estaba encendido en todas partes el fuego de la persecución contra los cristianos; pero el tierno Vito, despreciándole con generosidad, hacía abierta profesión de este glorioso nombre, y en todas ocasiones se declaraba contra la ciega superstición de los gentiles.

Llegó esto á noticia de Valeriano, gobernador de Sicilia por los emperadores Diocleciano y Maximiano; y llamando á Hylas, padre de nuestro Santo, le significó lo mucho que extrañaba tener entendido que su hijo era uno de los más acalorados sectarios de la religión cristiana, y le añadió en tono severo: Si quieres salvar la vida de ese inconsiderado muchacho, haz que tenga juicio y que salga cuanto antes dé su error.

Era Hylas tan celoso gentil como fervoroso cristiano su hijo, y, llamándole sin perder instante de tiempo, le dijo con semblante desconsolado y afligido: «¿Qué es lo que oigo, hijo mío de mi vida? ¿Será posible que esta maldita raza de los cristianos te haya hechizado de manera que adores por Dios á un vil judío colgado por sus delitos en un infame madero, y que por esta extravagancia incurras en la indignación de los emperadores, manchando con tan feo borrón tu esclarecida familia?» Diciendo esto, le daba estrechos abrazos y derramaba copiosas lágrimas, explicando en estas demostraciones su dolor y su ternura.

Mantúvose el niño Vito con inmutable entereza, y respondió á su padre de este modo: «Amado padre y señor: mucho os equivocáis en el concepto que hacéis de los cristianos, teniéndolos por magos y por hechiceros: no hay cosa más pura, no la hay más santa que sus costumbres y que su doctrina. La muerte de Jesucristo en la cruz, sólo parece locura á los ojos de los gentiles; por lo demás, ella fue el gran misterio de la redención del mundo. Perdió el hombre la amistad de su Dios por el pecado, y fue menester que Dios se hiciese hombre y muriese en esa cruz para restituirle á su gracia, porque cualquiera otra satisfacción sería improporcionada. El que á vos se os representa suplicio, fue un milagro de la divina clemencia; la que tratáis de extravagancia, es celestial sabiduría; y creedme; nunca podría yo añadir mayor lustre á toda la familia que el que le comunico precisamente por la gloriosa profesión que hago y espero siempre hacer de fervoroso cristiano», Enmudeció Hylas á vista del respeto y de la intrepidez con que le habló el santo hijo; pudieron más la admiración y la ternura que la cólera y la indignación. Retiróse sin hablar palabra, y dejó en paz .al niño Vito.

No era posible que ésta le durase mucho, á vista del

ruido que hacían las maravillas que Dios obraba por él. Cobraban vista los ciegos y repentina salud los enfermos sólo con hacer Vito sobre ellos la señal de la santa cruz; y hasta los demonios, ó por malignidad ó por precepto, publicaban sus virtudes por boca de los energúmenos. Dióse noticia de todo á Valeriano, atribuyéndolo á hechicería y encantamento, según la manía en que se habían encaprichado los gentiles, y, mandando el gobernador llamar á Hylas: «Ya te previne (le dijo en tono colérico y dominante) que tu hijo era cristiano; te advertí que le redujeses á la razón; sin embargo, sé que es uno de los más perniciosos magos de esta maliciosa secta; no puedo ya dispensarme de hacerle comparecer en mi tribunal; quiero que tú estés presente, y que entiendas que no podré dejar de castigarle, si no me obedece con presteza».

Compareció el santo niño, y, tratándole Valeriano con cariñosa blandura, le preguntó: «¿En qué consiste, hijo mío, que no te dejes ver en nuestros templos, ni asistas á nuestros sacrificios? ¿Ignoras por ventura que los emperadores mandan quitar la vida con los más atroces tormentos á todos los cristianos?—No, señor, respondió Vito, sin dar muestras de la más leve turbación; no lo ignoro, pues yo mismo he sido testigo de la crueldad de los suplicios y de la constancia de los mártires; pero ¿qué razón habrá para obligarnos á reconocer por dioses á un pedazo de mármol, ó á un tronco sin vida, que no valen por el más vil de todos los hombres? Por lo que toca á mí, resueltamente te digo que jamás adoraré á otro Dios que al único que lo es verdaderamente del Cielo y de la Tierra, porque tampoco hay otro».

Cuando Hylas oyó estas palabras, salió fuera de sí, y comenzó á exclamar como frenético: «¡Ay desdichado de mi! Compadeceos de la triste suerte de este desgraciado

padre todos los que sois amigos míos; no tengo más que un hijo, y ése le voy á perder miserablemente sin remedio.—No, padre mío, no me perderéis, ni yo pereceré, replicó el Santo tan fresco como tranquilo; pues no hay mayor felicidad que derramar toda la sangre por amor de Jesucristo, mereciendo por una dichosa muerte entrar en la compañía de los bienaventurados». Quedó como atónito Valeriano al ver tanta cordura y tanta constancia en un niño de catorce ó quince años; pero, igualmente indignado de una respuesta tan animosa, le dijo: «Por respetó á tu calidad y por la amistad que profeso con tu padre te he dejado hasta ahora de castigar; mas ya que abusas tanto de mi bondad, veremos si la pena te hace más cuerdo y más dócil». Mandó, pues, que le despedazasen á azotes, orden que se ejecuto al punto con inhumanidad y con exceso, pero sin perder el santo niño un punto de su tranquilidad. En vano se valió el gobernador de promesas y de amenazas: «Ya te he dicho, de una vez para siempre, respondió el santo mancebo, que jamás reconoceré ni adoraré otro Dios que á Jesucristo». Colérico Valeriano, mandó que le aplicasen el tormento; íbanlo á ejecutar los verdugos, y se hallaron de repente con una general contracción de todos los miembros, y al mismo gobernador se le secó de repente la mano con agudísimos dolores. Al principio lo atribuyeron, según su ordinaria cantilena, á la mágica profesión que suponían en todos los cristianos; pero, queriendo desengañarlos el niño Vito de que todos estos milagros eran sólo por virtud, del nombre de Jesucristo, pronunció sobre ellos este dulcísimo Nombre, y al punto quedaron todos sanos; Indeciso el gobernador entre el agradecimiento y la cólera, se contentó con entregádsele á su padre, repitiéndole el encargo de que le procurase reducir á obedecer á los emperadores.

Parecióle á Hylas que los regalos, las diversiones y los deleites serían más eficaces que los suplicios, y

ninguno omitió de los más propios para lisonjear el corazón, ablandarle y corromperle; pero el santo mancebo se mostró invencible á todo; y aun se dice que, habiendo quedado repentinamente ciego el inconsiderado padre, en castigo de su indiscreta curiosidad, experimentó él mismo lo mucho que podía con Dios su milagroso hijo, porque recobró la vista sólo con hacerle éste la señal de la cruz sobre los ojos; milagro que, en vez de obrar su pronta conversión, produjo un efecto enteramente contrario; pues persuadido á que su hijo era mago y hechicero, tomó desde entonces la bárbara resolución de perderle; pero Modesto, antiguo preceptor del santo niño, fue avisado en sueños por un ángel que secretamente le sacase del poder de su padre y le condujese á la orilla del mar, donde encontraría un navío prevenido para llevarle donde le destinaba la Divina Providencia. Declaró Modesto á Vito las disposiciones de ésta, y, encaminándose entrambos al sitio señalado, encontraron un navío que estaba para hacerse á la vela, y entrando en él dieron fondo en un puerto de la antigua Lucania, provincia del reino de Nápoles, que se llama hoy Basilicata. Hicieron alto en un desierto cerca del río Siluro, tomando el Señor de su cuenta el mantenerlos por medio de una águila, que cada día les traía la provisión que bastaba para no morir de hambre. Comenzaban á gustar los dulces consuelos de la soledad, cuando se hallaron en precisión de dejarla, para que triunfase Jesucristo en la capital del imperio y á los ojos mismos del Emperador. Apoderóse el demonio de un ministro muy favorecido de Diocleciano, y, atormentándole extrañamente, protestaba á voz en grito que no saldría de aquel cuerpo hasta que Vito, solitario de lucania, le compeliere á dejarle. Mandó buscar el Emperador á un hombre, cuya virtud poderosa mostraba temer el mismo demonio; halláronle en oración con su preceptor Modesto, é informado el Emperador de que eran cristianos, dio por cierto que ambos serían dos

insignes magos, y que tendrían estrecho comercio con el demonio, en cuya suposición les hizo muchas preguntas. Las respuestas del santo niño hechizaron á Diocleciano, el cual le preguntó, sobre todo, con qué artificio lanzaban los demonios de los cuerpos. «Señor, le respondió Vito, no hay otro artificio que la virtud omnipotente de mi Salvador Jesucristo, á cuyo nombre doblan la rodilla el cielo, la tierra y los abismos, reconociendo su infinito poder.—Pues hagamos la experiencia, replicó él Emperador, y libra del demonio á mi favorecido». Hizo oración el fervoroso mancebo, puso la mano sobre la cabeza del energúmeno, e hizo la señal de la cruz. Al punto salió el demonio con espantoso ruido, quitando la vida á muchos de los gentiles que se hallaban presentes, y habiendo Vomitado mil blasfemias contra nuestra santa religión.

Dicen las antiguas actas del martirio de nuestro Santo, que movido el Emperador de tantas maravillas, y enamorado de la gracia, del agrado, de la viveza y del brillante espíritu del santo niño, no perdonó diligencia alguna para ganarle, hasta ofrecerle que le adoptaría por hijo y le asociaría en el imperio sólo con que renunciase la fe de Jesucristo. Horrorizóse de la proposición el invencible mancebo, y, convirtiéndose en saña la ternura de Diocleciano, mandó que así á él como á Modesto los encerrasen en un tenebroso y hediondo calabozo, y los dejaran morir de hambre; pero, apenas entraron en él, cuando se abrieron las puertas, se hicieron pedazos las cadenas y se apoderó un pavoroso terror de todos los corazones. Atónito el carcelero, corrió exhalado á Palacio, y, temblando con el asombro y con la turbación, dio cuenta al Emperador de lo que pasaba. Temió Diocleciano las consecuencias de aquella maravilla, y, acudiendo prontamente á borrar la impresión que podía hacer en los ánimos á favor de los cristianos, ordenó que luego al punto fuesen expuestos á

las fieras en el anfiteatro. Alentaba Vito á Modesto á vista de los tigres y de los leones que habían soltado contra ellos, en presencia de más de cinco mil personas que habían concurrido; pero, apenas hicieron los Santos la señal de la cruz, invocando el nombre de Jesucristo, cuando los leones y los tigres se postraron á sus pies, halagándolos blandamente con la cola. Resonaron al punto los gritos de admiración en que prorrumpió todo el pueblo, y, al oírlos, se irritó tanto el Emperador, que, sin poder disimular su cólera, mandó se emplease el hierro y el fuego para atormentarlos, pero nada bastó para vencerlos. Convirtiése á la fe una mujer llamada Crescencia, á vista de aquella heroica constancia y alegría, mereciendo ser condenada á morir con ellos. No pudo subir á más la crueldad de los verdugos; despedazaron á los santos mártires hasta descubrirse las entrañas, sin que por eso dejaran de cantar jamás las alabanzas del Señor. Iban ya á acabar con las dos víctimas, cuando de repente se sintió un furioso terremoto, que, llenando á todos de espanto, disipó toda aquella muchedumbre. Aseguran las mismas actas que los tres santos mártires fueron sacados del cadalso por ministerio de los ángeles y conducidos al mismo lugar donde Vito y Modesto habían sido encontrados, y que, habiendo suplicado Vito al Señor se dignase de consumir su sacrificio, todos tres rindieron en sus manos el espíritu el día 15 de Junio del año de 300.

Hacia la mitad del octavo siglo pasó á Roma Fulrado, abad de San Dionisio en Francia, y, habiendo conseguido del papa Zacarías un cuerpo santo de los cementerios con nombre de San Vito, mártir, le depositó en una heredad de la diócesis de París, que pertenecía á un hermano suyo, donde se edificó una iglesia con la advocación del Santo; y, andando el tiempo, en el año de 836 fue trasladado este santo cuerpo con grande solemnidad á la abadía de Corwey, en Sajonia. Pero éste

no es el cuerpo de San Vito, martirizado con San Modesto, del cual en ninguna parte se halla vestigio de que jamás fuese trasladado de Lucania á Roma; y lo más concluyente es que, cincuenta años después que Fulrado llevó de Roma para Francia la referida reliquia, se hallaron los cuerpos de San Vito, San Modesto y Santa Crescencia en su antigua sepultura, de la cual fueron transferidos á Polignano el año 886, donde se conservan hasta el día de hoy con grande veneración. Hállase también otro San Vito que fue martirizado en Roma, cuyas reliquias fueron sin duda las que llevó á Francia el abad Fulrado.

La Misa es en honra de los santos mártires Vito, Modesto y Crescencia , y la oración la siguiente:

Suplicámoste, Señor, que, por la intercesión de tus santos mártires Vito, Modesto y Crescencia, concedas á todos los fieles santo horror á la mundana sabiduría, y gracia para hacer cada día nuevos progresos en aquella santa humildad que tanto os agrada; á fin de que, huyendo y menospreciando todo lo malo, se apliquen libre y generosamente á practicar todo lo bueno. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 3 del libro de la Sabiduría.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morían, y se juzgó ser una aflicción el que saliesen de esté mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz, y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido ligeros males, recibirán grandes bienes, porque

Dios los tentó y los halló dignos de Sí. Probólos como el oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimación. Resplandecerán los justos y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones y dominarán á los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

REFLEXIONES

Las almas de los justos están en la mano de Dios: ¿á quién pueden temer? Ponga en movimiento la envidia todo su veneno; asesté todos sus tiros la maledicencia; use de todos sus artificios la más denigrativa calumnia contra los justos: ¿qué podrá todo el mundo junto, aunque vaya de acuerdo con todo el Infierno, contra un hombre! á quien protege Dios? No perdonan las adversidades á la virtud; nacen los trabajos, hasta en lo más interior del mismo santuario; á los escogidos del Señor nunca les cupieron entre sus partijas las prosperidades de esta vida. Déjense para los réprobos esas alegrías mundanas, ese continuo esparcimiento, esa perpetua cadena de diversiones, esos aires fieros y orgullosos que inspira la prosperidad. Los siervos de Dios visten otra librea; pásase la mayor parte de sus días en amargo llanto, en miseria y en oscuridad; tiéneseles lástima, y se les trata como al desecho, como á las heces de todos los mortales. Es cierto que son dignos de compasión, pero á los ojos de los insensatos, y no más. Parece que viven una vida sembrada de miserias y de aflicciones; pero, mientras tanto, viven, por decirlo así, en el centro de la felicidad, puesto que su alma está en las manos de Dios. Grandezas mundanas, esperanzas engañosas, todas pasáis como relámpago; sois, a lo más, un sueño agradable que divierte mientras dura. ¿Pero los justos? Mientras vivieron, los maltratasteis á vuestra satisfacción; no obstante, ni por eso fueron tan dignos de compasión como os parecía; porque, al fin, sus trabajos fueron

ligeros, duraron poco, y su recompensa, sobre ser muy grande, es eterna. En quien tiene fe ¿puede haber locura más insigne ni más calificada que vivir según las máximas del mundo, y no seguir el ejemplo de los santos?

El Evangelio es del cap. 10 de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: El que os oye á vosotros, me oye á Mí, y el que á vosotros os desprecia, me desprecia á Mí. Y el que me desprecia á Mí, desprecia al que me envió. Los setenta y dos discípulos, pues, volvieron con alegría, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre. Y Él los dijo: Yo veía á Satanás caer del Cielo como un rayo. He aquí que Yo os he dado potestad de andar sobre serpientes y escorpiones, y de superar toda la fuerza del enemigo, y nada os dañará. Sin embargo, no os alegréis por esto, porque los espíritus se os sujeten, sino alegraos porque vuestros nombres están escritos en los cielos.

MEDITACIÓN

De la falsa confianza.

PUNTO PRIMEO.—Considera que tan pernicioso, es tener poca confianza como tener demasiada. La primera es desconfianza, la segunda presunción; aquélla nace de una culpable pusilanimidad, ésta de un orgullo que mira Dios con horror. La verdadera confianza se funda en la bondad infinita de Dios, en su poder y en la dignación con que quiere le consideremos como nuestro padre. Esta es aquella confianza que acredita nuestra fe y nos pide continuamente el Señor como condición indispensable para oír nuestras oraciones, bajo la cual no nos negará cosa que le pidamos. Pero hay otra confianza presuntuosa, otra confianza falsa que no merece el nombre de esta virtud, y consiste; en cierta opinión

demasiadamente ventajosa que tiene el hombre de sí mismo, en una esperanza fundada en cierta virtud imaginaria que se atribuye á sí propio, y no á las especiales gracias con que el Señor nos ha querido favorecer; confianza que fácilmente se conoce cuánto engaña y cuánto precipita. Cuéntase mucho con las máximas piadosas que se tienen frecuentemente en los labios; cuéntase con cierta como virtud de costumbre de que nos lisonjea nuestro amor propio; cuéntase con una especie de ciega seguridad, que siempre es hija de una necia confianza. Aunque no hubiera otro pecado que esta vana opinión que tiene uno de sí mismo, bastaría para que delante de Dios fuese muy reprehensible. ¡ Ah, Señor, que esta falsa confianza bastaría ella sola para precipitarnos en funestas caídas y en desacertados desvaríos dentro de los caminos mismos de la perfección!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no es menos falsa ni menos insuficiente la confianza fundada en los favores recibidos del Señor, si no la acompaña siempre una santa desconfianza de sí mismo; y si, exponiéndose á las ocasiones más peligrosas, se presume imprudentemente en auxilios extraordinarios, que siempre niega Dios á los orgullosos, y solamente los concede á las almas verdaderamente humildes.

Haz reflexión á la respuesta que dio á sus discípulos cuando tanto se gloriaban del poder que les había dado para lanzar los demonios. *Mirad, les dijo, que yo vi caer á Satanás como un rayo precipitado del Cielo.* Fue lo mismo que decirlos: guardaos bien de envaneceros por las gracias que habéis recibido de mi poderosa mano; mayores había ya concedido á aquellos espíritus puros que componían mi corte; ocupaban en el Cielo las primeras sillas, pero su orgullo y su presunción los precipitó en los abismos. Cuanto mayores gracias se han recibido de la mano del Señor, mayor cuenta se ha de

dar á su justicia; á los favores más señalados corresponden mayores obligaciones de agradecimiento y de fidelidad; no te fíes mucho de esa inocencia de costumbres, de esa constante devoción; es una flor que el aire la marchita; es un cristal que el menor soplo le empaña; un golpe de viento echa muchas veces á pique los más fuertes navíos; basta un soplo para apagar el hacha más luminosa. ¡Buen Dios, cuántos perecen por una falsa seguridad!

¡Ah, Señor, y cuánto tengo de qué acusarme en este punto! Mis frecuentes caídas ¿no han sido por ventura efecto de mi demasiada confianza, ó, por mejor decir, de mi necia presunción? En vuestra sola gracia debo esperar, mi Dios, y en Vos solo Coloco toda mi confianza; Vos solo sois toda mi esperanza y toda mi fortaleza; en mí no hay más que miseria, y nunca perderé de vista mi pobreza y mi nada.

JACULATORIAS

Bienaventurado aquel que siempre vive temeroso y desconfiado de sí mismo.—*Prov.*, 28.

Reconozco, Señor, que estoy destituido de todos los bienes; no veo en mí más que pobreza y miseria; pero Vos sois, Dios mío, toda mi confianza.—*Ps.* 68.

PROPÓSITOS

1. Es la presunción cierta opinión demasíadamente buena que cada uno tiene de sí mismo; ninguna cosa prueba más que uno se conoce poco que cuando se estima mucho; es mucha pobreza de entendimiento ignorar hasta dónde llega la flaqueza propia; el que fía en su imaginaria virtud, esté cierto que no la tiene. No hay, pues, que admirarse de que hociquen con caídas tan

vergonzosas esas almas tan presumidas. Teme continuamente las sorpresas de los sentidos, los artificios de las pasiones, los lazos que arman á la inocencia los objetos peligrosos; teme á tu propio espíritu y á tu mismo corazón; témete á ti mismo, porque en esta vida todo es peligroso. No se aparte jamás de tu memoria este oráculo del Apóstol: *Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso de ofender á Dios.*

2. No basta temer, es menester aplicar todos los medios para evitar lo que se teme. Toma, pues, desde este mismo día una eficaz resolución de huir todo aquello que pueda ser ocasión de pecado. No hay que fiarse del valor ni de la fidelidad antecedente: así como ninguna cosa empeña más al Señor para concedernos sus auxilios particulares que la humilde desconfianza de sí mismo, así también ninguna cosa le irrita más que la confianza y temeraria presunción. Huye las ocasiones si quieres vivir sin pecado.